

## La encrucijada

Llegan las cinco de la tarde y no estudié casi nada.

La armónica permaneció en mi mochila sin ser ejecutada durante toda la semana.

A veces la saco, la miro y me siento frustrado: no me salen las notas aisladas, ni qué decir del bending y lo peor, me ahogo en medio del tema musical.

Lo doy vuelta en mi mano. Un instrumento tan pequeño y tan endiablado, pienso

Estoy seguro que Andrés esta vez me dará teoría de la música, algo que comprendo mejor. Si pudiera enlazar mi respiración, embocadura y ritmo tal como comprendo la teoría, creo que podría tocar en poco tiempo como un maestro, que es lo que pretendo.

Esta vez zafo de la vergüenza de tocar y fallar frente al profe Andrés, pero ya no quiero pasar más por esa situación, quiero tocar bien y hacerlo para la semana que viene, antes del jueves fatídico.

Me pongo a tocar apenas termina la lección y apenas si avanzo. Me considero tenaz y motivado, así que me prometo el viernes por la tarde retomar las prácticas con todas las ganas hasta perfeccionar algo, lo más mínimo, pero algo.

El viernes por la tarde saco la armónica de su estuche y comienzo a hacer los ejercicios, como un precalentamiento pero estoy particularmente torpe.

Una llamada me saca de la tarea. Un amigo de años me pide un consejo para un problema en su computadora.

—¿Que tal Gustavo? —me dice antes de explicarme que le encriptaron todos los archivos con un randomware.

Le explico brevemente que no se puede hacer nada.

—¿Seguís viviendo donde siempre? —me pregunta Daniel.

—Si, en el pasillo, vení cuando quieras y nos tomamos un café —respondo.

—Venite para casa y nos tomamos un vino —me retruca con una propuesta irresistible.

—¿Esta noche? —respondo para tener un poco de tiempo para practicar el instrumento.

—Si, vivo en Alto Verde, ¿tenés algún problema? —hace un silencio porque el barrio estuvo en las noticias por varios delitos de sangre.

—Para nada —respondo—, mandame la dirección.

Cuando salgo para lo de Daniel miro la luna que se refleja en la laguna, está llena o casi llena.

Llevo un salami Paladini, un pedazo de queso pategrás, papas fritas de las que venden suelta en el kiosko y la armónica para intentar sorprender a mi amigo.

Daniel es delgado, muy morocho, de sonrisa fácil. Viste siempre ropa marca Ombú y tiene manos de trabajador.

Su casa es confortable y está casi al final del barrio, se ve la isla y enfrente se distingue el cartel del Mc Donalds del shopping del puerto.

Daniel destapa la segunda botella de tinto, un Finca Gabriel que yo alguna vez le he recomendado.

—¿Qué tal la armónica? —me pregunta luego de comentarle que comencé a estudiarla.

—No puedo dominarla, ella me domina a mí —le digo mientras se la muestro y la agito teniéndola entre mis dedos.

Daniel enciende un Marlboro y se cruza de piernas.

—Tenés que ir a la encrucijada —dice y entrecierra los ojos.

—¿Encrucijada? —repregunto para ver si entendí bien. Por supuesto que conozco la leyenda de

Robert Jonhson y como el diablo le dio su maestría en un cruce de caminos, pero no concibo que Daniel me hable de lo mismo, es un excelente técnico, alguien que programa PLC y hace maravillas con los microcontroladores.

—Esta noche podés ir, yo te llevo —lo dice en voz baja— eso si, después me voy.

Sonrío canchero de lado. ¿Qué puedo perder?

—Dale, vamos.

—Llevá la armónica —me ordena.

Salimos a la noche y la luna ilumina todo el lugar, nos encaminamos hacia las afueras del barrio, hacia lo que en Santa Fe llamamos vagamente “la isla”.

Sopla el viento del norte y toda la situación hace que se me quite la modorra del vino.

El lugar no queda lejos de la casa de Daniel.

Son dos caminos de tierra que se cruzan en medio de la nada, uno es casi un sendero para las vacas, el otro es un poco más ancho. En una de las esquinas crece un sauce que luce triste, está ralo de hojas y ramas.

La encrucijada está en una pequeña lomada que hace que la luna ilumine el lugar y lo distinga.

Más allá croan las ranas en los esteros y hacia el fondo empieza el monte de algarrobos y chañares.

—Bueno, te dejo —dice de pronto Daniel

Me doy vuelta un poco asustado y lo tomo del brazo.

—¿Pero qué se supone que debo hacer? —le pregunto.

—Ya sabés, pedile al diablo que te enseñe a tocar —guiña un ojo, sonrío y se aleja.

Este me está jodiendo y se está riendo de mi escondido en algún lugar, pienso.

En el tren de seguirle la corriente, me paro en la encrucijada y pongo los brazos en cruz.

—¡Vengo a que me enseñes a tocar la armónica, oh diablo! —digo con voz engolada.

Miro a mi alrededor y no veo ni escucho nada.

—¡Dale diablo, no tengo toda la noche! —insisto girando lentamente.

La noche dio como un pestañeo y por el camino más estrecho aparece un hombre caminando.

Lo reconozco, su forma peculiar de dar los pasos, la frente en alto, su melena atada formando una cola de caballo, el eterno saco desabrochado y las entradas incipientes que le hacen más amplia aún la frente. ¡Es Rotger, mi profesor de música de la secundaria!

—¡Rotger, qué haces aquí! —le pregunto cuando creo que puede escucharme.

Rotger no responde hasta que se para frente a mí y enciende un cigarrillo.

—Hola Gustavo, ¿así que querés aprender a tocar la armónica? —dice Rotger y no le puedo ver los ojos.

—Si, claro —me sudan las manos y miro a mi alrededor a ver si lo veo a Daniel riéndose y me pregunto como es que ellos se conocieron.

—Hay un pequeño precio, seguramente lo sabés —continúa diciendo Rotger.

—¿Mi alma inmortal? —digo con ironía recordando las interminables charlas de café con Rotger sobre ese tema.

—Es serio esto Gustavo —dice y me mira con sus cavidades vacías, las sombras esconden sus ojos, luego lanza una carcajada.

—Bueno, dale, decime como es el tema —le digo mientras el le da una profunda calada a su cigarrillo. La brasa le ilumina la cara, los ojos permanecen ocultos.

El corazón se me sale del pecho y quiero salir corriendo de allí, pero la curiosidad de saber como sigue tan buena broma, me mantiene en el lugar.

—Fácil, firmá aquí —dice y saca un ejemplar de su libro “Cura de palabras”, aunque ahora sus tapas en lugar de ser verdes son rojas— y yo te doy la habilidad sobrenatural de entender y tocar la armónica.

—¿Un Paganini de la armónica? —no puedo ocultar mi ironía.

Rotger me toma del brazo y se acerca a mi oído como si lo que dijera es tan importante como para que nadie más lo escuchara, ni aún en ese páramo.

—Serás el Paganini de la armónica —responde y me suelta el brazo—, si firmás.

Lo miro y él me sonrío.

Rotger, ¿sos del diablo? —digo con un nudo en la garganta.

—Ya sabés que sí —dice con voz cambiada y me pasa el libro que ya no es un libro, es un manuscrito de letras góticas—. Firmá.

—Tiene que ser con mi propia sangre, ¿no?

Rotger asiente y me pasa una lapicera que tiene una lanceta como punta, me pincho el pulgar y firmo el largo, largo contrato. El diablo me lo manotea, da la vuelta y se va silbando un tango.

—Probá ahora de tocar —me grita antes de entrar al monte.

Saco del bolsillo mi humilde armónica de origen chino y pruebo de hacer un bending. Me salta el corazón, es perfecto.

Delante de mis ojos aparecen las notas, las ejecuto sin esfuerzo, mi ejecución es fluida, el ritmo exacto.

Aumento la velocidad de los temas allí en la noche y el sonido de mi armónica parece llenar toda la isla. Ríe a carcajadas.

Retomo el camino de vuelta y por fin llego a la casa de Daniel donde dejé el auto. Pasaron muchas horas y casi amanece. Seguramente todos en su casa duermen.

Recreo en mi mente como voy a sorprender a Andrés con mis nuevas habilidades, las repaso sentado en el auto. Cada cosa que me enseñó me salen perfectas, aún con mi instrumento de baja calidad.

Enciendo la radio y justo suena un jazz, puedo seguir con facilidad las notas con mi ahora oído absoluto.

Improviso, la belleza de la música y de las notas que soy capaz de sacar del instrumento me hacen olvidar de donde estoy.

Escucho el sonido de unos vidrios rotos y alguien me apunta con un arma.

—Bajate —me dice un personaje muy delgado y con un gorrito calzado hasta casi los ojos.

Busco el cuchillo que siempre tengo preparado al costado del asiento y su peso en mi mano me tranquiliza.

Miro a mi alrededor para ver si tiene cómplices. A lo lejos va y viene gente caminando por la calle, pero se nota que está solo.

“El arma se siente, no se ve”, me repito y aferro a mi espalda el cuchillo con el filo hacia arriba.

El tipo sabe lo que hace, se mantiene alejado de mí apuntándome con firmeza aferrando la pistola con las dos manos.

Obedezco, bajo del auto con parsimonia y con el arma escondida.

—Dame la guita y el celular —dice y mira hacia los lados.

En el momento que gira la cabeza le tiro un puntazo a la panza sin dudarlo. No me va a robar tan fácil, no ahora que soy un maestro del armónica, no ahora que puedo tocar con quiera y donde sea. El maldito casi esquiva el golpe, pero aún así siento como el cuchillo entra e hiere.

—¡Hijo de puta! —grita dolorido en el suelo y yo me envalentono, cambio la forma de agarre a picahielo y le apunto al cuello, para terminarlo.

Siento una detonación y algo me sacude el hombro, luego el pecho y caigo de mi vez al suelo de espaldas.

El forro del choro me disparó dos veces, de ésta no voy a salir vivo.

Un grupo se forma alrededor nuestro y la muerte va entrando en mí como un sueño.

Entre los que miran está Rotger muy sonriente y me guiña un ojo.